



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Manuel Diez de los Ríos • Marcela Gutiérrez • Tambor Vargas • Camilo Marks  
Roland Barthes • Alfredo Gangotena • Alfonso Gamarra • Luis Urquieta

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVIII n° 460 Oruro, domingo 9 de enero de 2011

FUNDACION  
  
ZOFRO  
CULTURAL



Músicos andinos. Pastel  
Erasmo Zarzuela

## De cómo la palabra quiso ser y no podía

Mientras la paz sea el fin y no el comienzo, el miedo se combata con el miedo, la ley sea norma y no principio; mientras a los de siempre les llegue el agua al cuello y la Libertad sea una palabra de enciclopedias; mientras la inteligencia se escriba con minúsculas y todos seamos blanco de fusiles, y la justicia esté de vacaciones; mientras todos estemos en Libertad provisional y la igualdad sea un signo matemático, no me digáis que la palabra sirve para algo.

Manuel Díez de los Ríos

## La tacita sorda y el florero presumido



Era una tacita blanca y redonda, de porcelana, que vivía en una vitrina junto al resto de la vajilla. En ambos lados de su cuerpo tenía pintadas flores amarillas y rosadas, y se pasaba la vida entre la mesa y la vitrina. Sucedió entonces, que llegó un florero presuntuoso, fino y delicado. Comenzó a decir que él había nacido en el Japón y vivido en casas lujosas, había conocido finos cristales de roca y reposado en elegantes tapetes. Dijo además que el florero no era un utensilio cualquiera, pues depositaban dentro de él las mejores azucenas, lirios, begonias...

—Pero al llegar a esta casa —dijo—, qué pena, a lo más que puedo aspirar es que me coloquen unas tristes margaritas...

Sus palabras causaron gran revoltijo en la vitrina. Los platitos se quejaban:

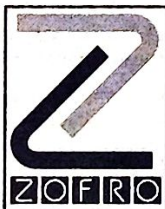
—Y a nosotros nos ponen cosas fritas en lugar de flores.

—No aguanto más —dijo la tetera— estoy nerviosa, el café me hace daño...

Pero la tacita blanca permanecía tranquila y no comentaba nada. Eso no era extraño, no oía nada, pues le faltaba su oreja de porcelana.

Marcela Gutiérrez. La Paz, 1954.

  
el duende  
director: luis urquieta m.  
consejo editor: alberto guerra g. (f)  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288600  
elduende@zofro.com  
lurquieta@zofro.com  
el duende on line: [www.zofro.com/elduende](http://www.zofro.com/elduende)



Desde mi rincón:

## Destrucción de libros: ¿Patología de quién?

TAMBOR VARGAS

Hace algunas semanas me permití algunas reflexiones –para algunos, seguramente ‘irreverentes’– frente a la tesis optimista que interpreta la alfabetización como la puerta liberadora de todos los males que pueden cebarse en ese ser que llamamos HOMBRE, como si aquellos radicaran exclusivamente en la ignorancia. Lo que, en realidad, me separa de aquellas tesis, no es propiamente una ciega antipatía a la práctica de la lectura, sino un concepto menos ‘ideal’ de la existencia humana, por lo menos en la forma como nos la muestra la realidad histórica. O quizás todavía más en el fondo de la cuestión, una vivísima oposición a simplificar las cuestiones ambiguas, como suelen ser todas aquellas en las que tienen parte la especie (las únicas realmente ‘históricas’). Hay otro tema, hasta cierto punto relacionado con dicha cuestión: el de la destrucción de libros y de sus verdaderas causas.

Al respecto también la prensa local (entiéndase la boliviana) nos ha permitido leer alguna toma de posición: como era de rigor, en dicho texto hay las alusiones respectivas a la obra del venezolano Bález dedicada al tema, a la destrucción reciente de la biblioteca de Bagdad, para saltar al antiquísimo incendio de la biblioteca de Alejandría y al ejercicio inquisitorial, pasando –naturalmente– por las destrucciones bibliográficas decretadas por los nazis (siquiera selectivas) y a los militares argentinos más cercanos a nosotros. Pero, ¡oh sorpresa!, parece que tamaño despliegue había sido programado para ‘situar’ el enésimo enfrentamiento –actual deporte nacional– de un empresario cruceño con una de las principales autoridades del estado a propósito de su biblioteca (no del empresario, sino de la autoridad).

Ya de entrada uno percibe el olor a manipulación; concretamente, la que funciona mediante la simplificación; y así, es natural que se imponga una tarea de ‘complicación’ o ‘complejización’: es decir, de ‘ambigüización’; que equivale, en buenas cuentas, a dejar de contar un cuento, con unos mismos predictibles ‘buenos’ (víctimas) y unos mismos predictibles ‘malos’ (malandrines) a lo largo de los siglos y aun milenios.

Y lo primero que nos sale al encuentro es el hecho de que podemos encontrar como causa de destrucción de impresos, simplemente el descuido. Y me refiero en primer lugar a quien tendría el deber de cuidar de ellos: el estado. Y hay que subrayar que este descuido estatal no tiene color ideológico; incurren en él tanto los autoproclamados progresistas como los descalificados por sus enemigos como carcas (aunque los primeros quieran hacernos creer otra cosa, para lo cual nunca dejan de contar con ‘angelicales’ intelectuales orgánicos).

Este descuido puede presentarse bajo mil y una modalidades. Y no podemos dejar de incluir entre ellas la que hace que ni siquiera lleguen a existir los libros que merecerían, y por tanto deberían, existir. ¿Causa? La tenacísima idea de que el estado es ‘pobre’... (¡naturalmente, para la cultura!). No para otros miles de menesteres que la casta política ha declarado, sin declararlo, imprescindibles (aquí, en primerísimo lugar, el pago de la inflacionada planilla burocrática; o los viajes por el planeta). Vaya, que se trata de un problema de ‘prioridades’; y estas ‘prioridades’ se basan, en último término, en un credo político-picaresco. Quiero decir que este presunto pauperismo del estado acaba traduciéndose en que centenares de títulos que sólo habrían podido existir con la ayuda pública, nunca llegarán a existir porque aquella ayuda les ha sido negada.

Pero no creamos que el descuido estatal sólo se manifiesta en este asesinato preventivo. También lo podemos observar cada vez que algún ciudadano le ofrece en venta la biblioteca propia o de alguno de sus antepasados. El resultado neto final que podemos prever sin necesidad de poseer el don de la profecía es que el ciudadano de marras tendrá que deshacerse de mala manera de su patrimonio bibliográfico, porque el estado ha alegado su ‘falta de fondos’. Otra cosa sería si el ciudadano ofreciera los

libros en donación: en tal caso el estado incluso podría estar dispuesto a sufragar el costo de una placa que ‘inmortalice’ el nombre del donante; pero vale más no escarbar demasiado sobre el ‘destino final’ de los libros donados... en las bibliotecas públicas (basta acudir a los mercados callejeros para toparse con abundante material cuyos sellos denuncian su antiguo propietario público).

Y sin seguir en este tipo de casuística, el estado maltrata y acaba destruyendo el patrimonio bibliográfico del país, sobre todo negando a los libros las condiciones de conservación que éstos exigen; y ya sabemos que los libros, en malas condiciones de conservación, acaban pereciendo. Pereciendo exactamente igual que si hubiesen perecido en una pira escandalosa y espectacular (pero pública).

\* \* \*

Otra cara del tema de la destrucción de libros por ‘odio’ a ciertas ideas, está directamente vinculada con los fenómenos históricos de ‘homogeneización’ de las ideas de la gente; o dicho por pasiva, en la imposición de un ‘sistema único’ de ideas: el sistema defendido y promulgado por el estado (¡otra vez el estado!). ¿Cuál fue el primer estado que impuso ciertas ideas? Algunos dirían más bien: ¿cuál fue el primero que no las impuso? Es decir, que la imposición ha solido dominar en la historia hu-



mana. Pero este tipo de generalizaciones caen también en el tipo de simplificaciones ya mencionado y descartado. En efecto, por una parte pasan por alto las más o menos sutiles diferencias en el cuánto de la uniformización; por otra, están aquejados de ceguera ante la evolución a lo largo del tiempo. Y sobre todo: se les escapa los malvados contraefectos que la ‘tolerancia’ teóricamente hegemónica conlleva para otras dimensiones de la vida social.

Decir ‘tolerancia’ como situación ideal situada más allá de la fuerza coactiva ideológica de los estados, equivale a decir ‘anomia’ (ausencia de normas); en plata: equivale al ejercicio de la fuerza coactiva penal, al margen de las ‘opiniones’ del ciudadano; y no se trata solamente de la reacción del ciudadano ante las decisiones de los gobernantes: se trata de un sinnúmero de áreas de coincidencia/discrepancia entre los ciudadanos de que se nutre la mayor parte de la actividad típicamente ‘social’ (fuera del trabajo remunerado que ha de permitir el cumplimiento de las obligaciones fiscales). En primer lugar, una sociedad sin convicciones ‘impuestas’, liberada por tanto de las coacciones ‘ideológicas’, pone a prueba la noción más elemental de democracia, pues resulta que se agrieta en mil opciones que impiden su traducción en un sistema jurídico fundamentalmente respaldado. Cabría decir que también en este orden de realidades, hay ciertos remedios peores que ciertas enfermedades.

En este contexto, la religión había venido funcionando tradicionalmente como la primera ‘argamasa’ social; pero tanto la individualización como la secularización ciudadanas dejan la colectividad ‘en seco’. Y para lo que venimos tratando: en tales

circunstancias, ¿por dónde pasa el consenso que permita trazar la línea separadora entre lo ‘tolerable’ y lo ‘intolerable’? La respuesta entusiasta diría: no existe ya la base para tales distinciones. Luego, si no existe nada ‘intolerable’, quiere decir que todo es tolerable. ¿Puede haber mejor descripción de la anomia?

Una mirada a los programas televisivos o al mundo de la industria editorial (por ejemplo, la maquinaria que mueve los premios literarios y reflejada por la oferta impresa en los catálogos de las casas editoriales), permite hacerse una idea tangible de la práctica de ciertas teorías (por lo demás, a remolque de lo que ya venía ocurriendo en el campo de las vanguardias plásticas y de lo que ha empezado a ocurrir en el de la llamada ‘música’ llamada ‘popular’.

¿Cuál es el papel del estado en estos campos? Teóricamente, en la conquista de una fundamentalista plena ‘libertad de expresión’, *laissez faire, laissez passer*, es decir, mirar, pero no inmiscuirse. ¿Es realmente así, cuando se trata de libros (que es nuestro tema)? Ni los más postmodernos adalides de la ‘tolerancia’ se atreverían a defenderlo, por lo menos si se tratan de portavoces de partidos parlamentarios, y si prestamos atención a las legislaciones vigentes. Y no se atreven a defenderlo porque han de reconocer que, así como en el mercado de mercancías, tampoco en el de la circulación de ideas se puede aceptar que se ‘auto-regula’; esto además de que no todas las ideas circulantes son igualmente inocuas; y si las hay nocivas, la defensa de la sociedad obliga a intervenir. Por todo ello sigue habiendo ‘libros prohibidos’ y ‘censura de libros’ y editores o libreros condenados en tribunales por vender títulos puestos ‘fuera de la ley’ (a veces, simplemente ‘desaconsejados’ o cuya circulación queda sometida a ciertas precauciones restrictivas, como el acceso a ciertas películas).

No hay base histórica, pues, para seguir apedreando las prácticas inquisitoriales o nazis, como si hoy las democracias vivieran rigurosamente en su antípoda. Lo demás es cuestión de más y de menos; es decir, de unas dosis presuntamente virtuosas de ‘tolerancia’ y de ‘represión’. Pero cualquier dosis en cualquier lugar se topa siempre con una minoría marginal de disidentes, inconformes que a veces pueden llegar a ser mediáticamente chillones, pero que políticamente demuestran ser tan insignificantes como insignificante es su hipotética representación parlamentaria.

Resumiendo: hablando de ‘libertad’ en circulación de libros, no cabe limitarse a contraponer su prohibición (siempre mala) a su permisión (siempre buena). Simplemente porque no puede excluirse la posibilidad de que haya escritos peligrosos para la sociedad. En esto el ejemplo de las prácticas nazi y comunista deberían vacunar para siempre. Y a propósito de esto cabe preguntarse: ¿por qué en países como Alemania o Francia la militancia ideológica nazi es frecuentemente perseguida y no lo es de la misma forma la militancia ideológica comunista? Pregunta que sólo admite respuesta fuera del maniqueísmo (siempre vituperable, pero para quienes aceptan sus dogmas en nuestros días, debería bastarles su presunta incompatibilidad con la ‘tolerancia’ y el ‘relativismo’ propios de la postmodernidad).

Bastan por ahora estas consideraciones para comprobar que en tal materia no caben, en general, la manipulación; y en concreto, una de sus modalidades: la simplificación de lo complejo.



## La resurrección de Albert Camus

Cuando Albert Camus murió en un accidente carretero en Francia, el día 4 de enero de 1960 a los 46 años, su reputación literaria e intelectual había descendido considerablemente. Al embarcarse en especulaciones filosóficas para las cuales no estaba bien preparado, el novelista y dramaturgo franco-argelino se expuso a devastadoras críticas que aún persisten en torno a obras como *El mito de Sísifo* o *El hombre rebelde*, libros que hoy parecen casi infantiles en comparación con sus obras de ficción. La polémica con Sartre, quien arrasó con las pretensiones metafísicas del autor de *La peste*, lo alienó para siempre de la izquierda intelectual francesa y dañó irrevocablemente su autoestima.

Pero el rol de Camus como la voz moral de la postguerra francesa y el prestigio adquirido en su papel del intelectual más famoso de ese tiempo, también se vieron seriamente limitados. Sus artículos editoriales en *Combate*, periódico que él mismo creara, las disputas con los comunistas y, muy especialmente, su posición frente a la guerra de Argelia, lo transformaron en una figura demasiado individualista y solitaria en una época de compromisos absolutos. Habiendo nacido en Argelia en el seno de una paupérrima familia, Camus no lograba imaginar a su país sin europeos y no simpatizaba tampoco con el Frente de Liberación Nacional, por lo que su proposición de una salida liberal mientras el conflicto recrudecía pareció fútil e inconsecuente. La obtención del Premio Nobel en ese clima político no fue celebrada por la crítica francesa de derecha o izquierda y se llegó incluso a afirmar que la Academia Sueca, creyendo escogen a un escritor joven —Camus tenía a la sazón cuarenta y tres años— había consagrado un caso de "esclerosis prematura".

Con posteridad a su muerte, el renombre de Camus en tanto figura pública continuó disminuyendo. Mientras sus grandes creaciones de la década de 1940 —*El extranjero*, *Calígula*, *Los justos*— se convirtieron en clásicos, la política revolucionaria de los años 60 y 70 y la creciente radicalización de la generación joven hicieron que su imagen cayera en la condescendencia y hasta en el olvido. Según las palabras de un crítico reciente, en el mundo de Barthes, Robee-Grillet, Lévi-Strauss y Foucault, el autor argelino había pasado de moda. Y pasar de moda en Francia es peor que un crimen de lesa humanidad.

El asombroso éxito que ha tenido *El primer hombre*, novela póstuma cuyo manuscrito fue encontrado entre los restos del auto estrellado, no deja de tener aristas chocantes. Publicada treinta y cinco años después de la desaparición de Camus,

lleva cerca de medio millón de ejemplares vendidos en Francia y ha sido aclamada por la crítica mundial como una obra maes-

tra. Sin embargo, los encomios a la evidente calidad literaria de esta narración inconclusa terminan siempre dando paso a la añoranza por la clara voz moral de Camus en medio de la corrupción de la etapa final del gobierno de Mitterrand o, peor, todavía, se echa de menos a Camus, el Justo, como el testigo más noble de una época innoble y se invoca su honestidad frente a los actuales intelectuales que se autopromueven para sus vacuos espectadores electrónicos. Quienes escriben así, no hay que olvidarlo, pertenecen a las mismas instituciones y medios que enterraron a Camus no hace tanto tiempo y quienes hoy deliran frente a un manuscrito bastante imperfecto, representan a los mismos sectores que ayer condenaban al gran prosista franco-argelino al desprecio y la estigmatización política.

### Argelia

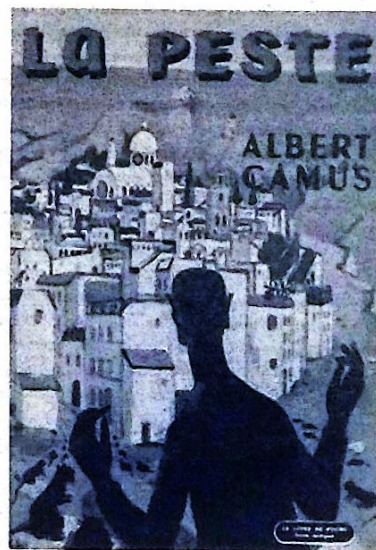
Para leer *El primer hombre* hay que tener presente que los herederos y editores de Camus no hicieron ningún esfuerzo por finalizar el manuscrito y que uno se encontrará, por consiguiente, con una obra inconclusa, repleta de anotaciones, interpolaciones, palabras y pasajes ilegibles o sin terminar.

Esta narración iba a ser la primera parte de una trilogía autobiográfica del escritor en torno a la vida y época en que le tocó vivir. El mundo ya extinto de la Argelia francesa ocupa el corazón de la novela de un modo que no se advierte en sus creaciones anteriores, con toda la grandeza geográfica del país africano en sus colores, su música y la magnificencia de la costa mediterránea, descritos en las aventuras del protagonista Jacques Cormery, alter ego de Camus, junto a sus amigos en correrías y aventuras por calles, puertos y platas. Los árabes, un pueblo "atractivo y perturbador, cercano y lejano a la vez", aparecen y desaparecen repentinamente en los capítulos de la niñez, como elementos del paisaje callejero de una comunidad mixta que, premonitoriamente, se nos señala, está destinada al enfrentamiento. Pero Argelia también es un territorio de profundas dudas, de problemas incommensurables y, en palabras del autor, su significado es el de "la terre d'oubli où chacun était le premier homme".

La búsqueda del padre muerto al iniciarse la obra conforma su primera parte, en tanto la relación con Catherine, la madre, es el nudo dominante de la otra mitad de la historia. *El primer hombre* está conmovedoramente dedicado "A ti, que nunca podrás leer este libro", o sea, a la propia madre del autor: Catherine Camus fue, como su homóloga Cormery, analfabeta, parcialmente sorda y apenas hablaba. Este silencio y la incapacidad de expresión de la mujer produjeron en el hijo, que la amaba a toda costa, una inenarrable confusión. Más tarde, cuando entra al colegio, el niño sentirá "vergüenza y vergüenza de sentir vergüenza" al declarar la profesión de la madre: em-



Albert Camus



IUS

pleada doméstica. Pero más adelante estos sentimientos darán paso a la admiración e incluso la veneración por un ser humano que enfrenta con silencio semejante adversidad.

### Redención

Por sobre todos los demás temas del libro, el de la pobreza predomina incontrarrestablemente entre los otros, produciendo algunas de las más agudas meditaciones de Camus. El niño sin padre, hijo de un hombre también huérfano que murió durante la Primera Guerra, se criará entre mujeres silenciosas que sólo conocen una interminable y desesperanzadora miseria. Los pobres, estando demasiado ocupados por sobrevivir el presente, no tiene pasado y es imposible que Jacques Cormery encuentre sus raíces en la familia, ya que los pobres sin historia tampoco aparecen poseer familia: provienen de cualquier parte y no viven en ningún lugar. El verdadero objetivo de la novela, según las notas del autor, fue "arrancar a esta pobrísima familia del destino de los pobres y los sin voz, que es desaparecer de la historia sin dejar huellas".

La salvación de Cormery/Camus fue la educación. El libro no sólo es un homenaje a la familia del gran escritor, sino un explícito y apasionado elogio del sistema educacional francés de enseñanza gratuita que redimió a incontables niñas y niños de un destino sin futuro.

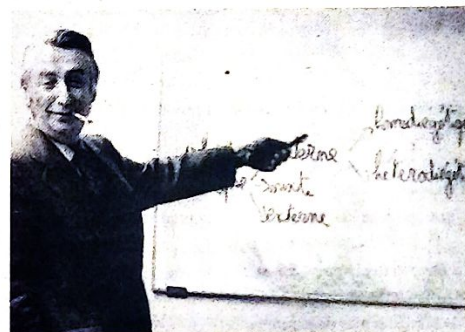
El primer hombre posee muchos pasajes admirables y resalta especialmente el uso de la tercera persona en lugar del más arrogante "yo" que suele emplearse en las autobiografías. Pese a esa aparente objetividad, la inmediatez e intimidad, similar a las que se logran en las demás obras de Camus, producen una identidad absoluta entre autor, lector y texto y generan esa sensación de autenticidad que pocos o nadie como este autor han producido en la literatura contemporánea. Sin ser una obra maestra o sin poder equipararse a lo mejor que el prosista había creado, esta novela de publicación tan retardada merecía haberse leído mucho antes.

**Camilo Marks. Crítico literario.**  
El texto está incluido en "La crítica:  
el género de los géneros".

## Códigos de clase

¿Para qué intentar reconstituir un código cultural si la regla de orden de la que depende es sólo una perspectiva (como decía Poussin)? Sin embargo, el espacio de los códigos de una época forma una especie de vulgata científica que un día tal vez valga la pena describir. ¿qué sabemos "naturalmente" del arte? —es una "coacción", ¿de la juventud?—, "es turbulenta", etc. Si se reúnen todos esos saberes, todos esos vulgarismos, se forma un monstruo, y ese monstruo es la ideología. Como fragmente de ideología, el código de cultura *invierte* su origen de clase (escolar y social) en referencia natural, en comprobación proverbial. Como el lenguaje didáctico, como el lenguaje político, que no sospechan tampoco nunca la repetición de sus enunciados (su esencia estereotípica), el proverbio cultural disgusta y provoca intolerancia a la lectura, el texto balzaciano —por ejemplo— está totalmente impregnado de este proverbio cultural: es por sus códigos culturales por lo que se pudre, se pasa de moda y se excluye de la escritura (que es un trabajo siempre *contemporáneo*); es la quintaesencia, el condensado residual de los que no puede ser rescrito. Este vómito del estereotipo está apenas conjurado por la ironía, pues, como se ha visto, está sólo puede agregar un nuevo código (un nuevo estereotipo) a los códigos, a los estereotipos que pretende exorcizar. El único poder que tiene el escritor sobre el vértigo estereotípico (vértigo que es también el de la "estupidez", la "vulgaridad") es el de penetrar en él sin comillas, operando un texto y no una parodia. Es lo que hizo Flaubert en *Bouvard et Pécuchet*: los dos copistas son copiadotes de códigos (son, si se quiere, *estúpidos*), pero como ellos mismos están enfrentados a la estupidez de clase que los rodea, el texto que los pone en escena abre una circularidad donde nadie (ni siquiera el autor) domina sobre nadie, y ésta es precisamente la función de la escritura: hacer irrisorio, anular el poder (la intimidación) de un lenguaje sobre otro, disolver, apenas constituido, todo metalenguaje.

**Roland Barthes. El texto forma parte de "S/Z" — análisis de la novela Sarrasine de Balzac.**



Roland Barthes



A

## Alfredo Gangotena

Alfredo Gangotena. Ecuador, 1904-1944. Poeta e ingeniero de minas ecuatoriano. Durante su estadía en Francia, Jules Supervielle, Max Jacob y Jean Cocteau propiciaron la publicación de sus primeros poemas. Publicó *Origénie* (1928) de inclinación vanguardista. Gran amigo de Henri Michaux, viajó con él por los Andes y la Amazonía, experiencia que dio origen a *Ecuador* (1929). También publicó *Absence* (1932), *Yocaste* y *Tempestad secreta* (1940)



### Bebida turbia

A Henry Michaux

Escucho tus ondas, inefable noche, tu soplo,  
oh reina del sueño, en mi urbe.  
La oda comienza: que muja en mí la imprenta.  
¡Funde este orden, ácido rojo del estío!  
Y que yo palpe las verdes ancas de la pradera.

La imagen del Espíritu Santo  
se inflama detrás de las vidrieras;  
Sus bordadas alas de amor  
penden de las extremidades del dintel,  
Y las umbelíferas sombras de miel  
se abrasan y me penetran,  
Sus sombras ardientes y jadeantes en torno de las flores:  
pentecostés de mis padres.

¡Rocas, como esos frutos  
Madurad, rocas bajo la luna,  
En las salivas del año!  
Ah los paisajes de mi grandeza.  
Y más blancas que todas las nieves,  
Que el iris del moribundo,  
En los hontanares del limpio cielo, mis sienes palpitan.  
Sudor de las lacas, plenitud de los poros.  
Estoy prendido a los muros del antro  
como las lágrimas de las madréporas.  
Semejante al gallo en su demencia planetaria,  
Estoy poseído por la sibilina diestra de yeso.  
¡Oh palabra en el olvido,  
Astro del desierto, alumbrá mi desnudez!  
Deja al agua celeste de tus ramas extenderse y fulgurar  
Sobre el paisaje de un solitario.

El verde grito del sapo se torna líquido en mi alma.  
Y como el topo  
Que mira las bóvedas de la tierra,  
La frase, urgente misiva, desgarrá su envoltura.

Ambulo ciego y busco los treinta y tres clavos sobre el piso;  
El alfabeto del bosque me restituye las palabras sonoras,  
ya pronunciadas.  
¡Os ruego!  
Miembros de la aventura,  
modelad el limo de nuestro semblante.

Los párpados se ahuyentan, el cielo se construye.  
Súbita virgen, ¿eres tú como el océano  
Que respandece de pronto en este abismo de ceguera?

En tanto que se eternizan,  
en la encarnada espera de mi sangre,  
El clamor, el estrépito y la velada voraz de las chinchas,  
¡Levantaos, espadas, en la plata de vuestra fuerza,  
Y arrancadme de este homo!  
¡Desgarradme, uñas,  
esta corteza y estas membranas tan pesadas de sueño!

Las aristas del sílex, la cal y el follaje de las rocas  
Se enarbolan en mis ojos.  
Bajo el peso y el sonido de tu presencia,  
Los muros de mi guarida  
se yerguen en las raíces de la tormenta,  
¡Fértil estrato de la noche!  
Y mi sombra se regodea en la soledad de tus muros.

Se ciñen las llamas de las cortinas  
a las cañas de mis arterias;  
¡No es el nimbo sino la huella del duro casco!  
Aprestaos a descender, tan lúcidos como el aire del cielo,  
a mecerme, pájaros;  
A fin de que mi corazón en gozo  
recuerde la frescura de las aguas.

Pero, oh Lázaro, ¿quién mojará mis labios en estos parajes?  
¡Quién de este mundo podrá morder  
la maleza de mi exilio?  
El infortunio toma en mí las formas del continente;  
¡Y el alma siniestra de fango  
Macula el templo y las sedas eucarísticas de su asilo!  
Versión de Gonzalo Escudero

### Los amotinados

¡Ah, risa loca!  
¡Henos aquí tus compañeros  
Ilustres en la ciudad de los políperos?  
¡Dispara y modela la línea de nuestra muerte!  
Anda, corre y toma entre los astros tu noble impulso.  
¡La tierra para nosotros! ¡Y en nuestra angustia  
Más bien el cieno de los cerdos  
Que el hueso que flota  
Como leño podrido del alud!  
Escucha cómo, avarienta, la oreja ronca,  
Encenegada, después de los calados.  
Pero cuidate, sostén de nuestro amor:  
Los perros que te rodean  
Sabremos allanar los caos y los letargos.  
¡Ya la uña se aguza en el viento de altamar!

El cinto y el carbúnculo en la muchedumbre,  
¡El anillo constrictor para extenuarte!  
Basta de palabras de empuje  
Y del filtro que extraemos de nosotros mismos.  
¡Ah! ¡Qué bien se vacía el odre de la sierpe  
En el artificio de tus canciones!  
Versión de Tolomeo Samaniego

### Oh aleteo de esos labios que imploran clemencia...

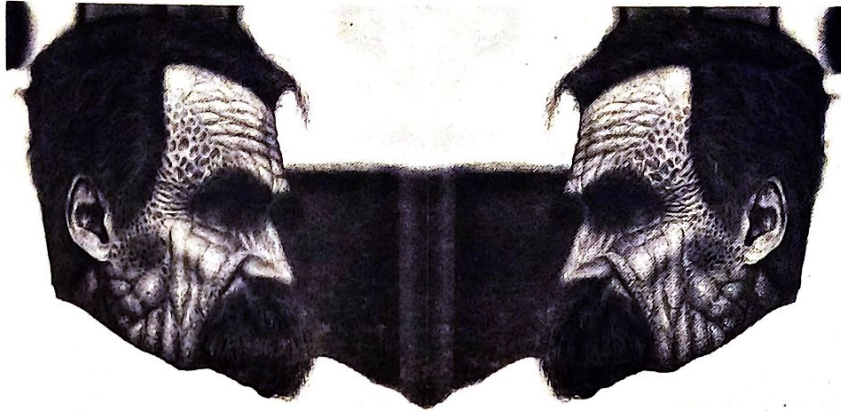
A Gonzalo Zaldumbide

Oh aleteo de esos labios que imploran clemencia:  
Dama admirable,  
ceded a mi alma el esplendor de Vuestra Magnificencia.  
Gritos velados de mis dientes, estertores salvajes del parto.  
Dictadme la orden en los dédalos de mi canto.  
Resortes y fuerzas martillados  
en los cráteres del sedimento;  
Puertas omnímodas  
extraviadas en los palacios de diamante;  
Y vosotros, senos del éter,  
donde se desmayan las fuentes del año,  
Lactad, íntimos,  
las vías frugales que se derraman en mi pensamiento.  
Bocas amasadas en el éxtasis y en la plenitud del sueño,  
Anunciad al fiel para que escuche el follaje del espíritu.  
El émulo del arquero, por la ruta alisia, apacigua las selvas:  
Id a debatiros en la onda de sus plumas,  
En el instante capital en el que evoco  
los encantos del mundo.  
El acicate de su inmensa empresa y su gloria de doble filo  
Que yo clume sin par, ¡Oh Legiones!  
la epopeya del Gran Navegante.  
Versión de Tolomeo Samaniego

Alfonso Gamarra Durana

## El padecimiento ocular de Nietzsche

Historia de la medicina



Primera de tres partes

Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844–1900), nació en Röcken, pequeña ciudad de la Sajonia prusiana. Estudió inicialmente en el instituto local, "Gymnasium" en alemán, y después alcanzó grados superlativos en las cátedras universitarias en filosofía y filología. *Consideraciones intempestivas* (entre 1873 y 1874), *Humano, demasiado humano* (1879), reflexiones sobre la ciencia, fueron sus primeros títulos publicados, en los que ya se insinuaba su teoría del eterno retorno y la voluntad del poder. En 1879, después de renunciar a las cátedras, pasó un período de diez años, con viajes constantes a Naumburg, Venecia, Marienbad, Génova, Sils-Maria (Alpes suizos), donde intuiría las ideas principales de su filosofía futura. Desde 1882 publicó *Más allá del bien y del mal*, *Así habló Zaratustra*, *El crepúsculo de los dioses*; y en 1889 se le reconoció un desequilibrio mental total.

Sobre la enfermedad de Nietzsche, que despuntó en 1888 y doce años después desapareció al caer su espíritu en las tinieblas, existen todavía hoy distintos pareceres. El diagnóstico de parálisis general progresiva, como la consecuencia tardía de una lues adquirida en 1866, probablemente fue originado en su ingreso a la Clínica Universitaria de Basilea, por el profesor Wille y confirmado con el posterior traslado a Jena, por el psiquiatra Profesor Binswanger, cuyo jefe médico Ziehen aseguró el diagnóstico con el estudio histológico. La mayoría de los investigadores sobre el filósofo, entre todos ellos Lange-Eichbaum, han quedado aceptando esa descripción nosológica, la de una parálisis –tal vez con curso atípico– porque la enfermedad mental ha arrojado sombras en muchas formas de la producción intelectual de los años tardíos de su existencia.<sup>(1)</sup>

Es sorprendente que hasta ahora, no se haya comentado sobre otra enfermedad, tomada como un factor de influencia en su obra, y no se haya pronunciado más sobre el sufrimiento oftalmológico de Nietzsche. Es para cualquier especialista de los ojos un importante detalle determinar claramente la naturaleza de su enfermedad –"ceguera de tres cuartos", como él mismo calificó–. Datos muy importantes se encuentran en las

cartas que él dirigió a sus amigos y contemporáneos en un número grande así como los informes médicos. A continuación hemos copiado cronológicamente los datos semiológicos verdaderos.

Él había heredado, como su hermana, una miopía de su padre. Su madre había observado ya en su joven hijo un tamaño diferente de amplitud de las pupilas y una mirada fija, huraña. El altamente talentoso muchacho aprendió a leer y escribir aún antes de ingresar a la escuela elemental. El profesor Schellbach, de Jena, tuvo que examinar al niño por las molestias visuales. Éste diagnosticó miopía, de grado diferente en cada uno de los ojos, anisocoria y migrañas. En el libro de enfermedades de los alumnos, en su escuela, se había anotado miopía y cefalea ocasionada por aquella. Un informe de Esser, apoyado por nuevo examen de Schellbach, a los 13 años, da la existencia de una miopía de menos 6 dioptrías. Existían muchos certificados, pero valorables fueron los de 1872/73 y 1876/77 del profesor H. Sacies de Estrasburgo. En base a los hallazgos se afirmó un pronóstico muy desfavorable. En las anotaciones de la historia clínica aparecen como importantes "Lentes de menos 6,0 desde los diez años; derecha, colosales marcos, izquierda, pequeños". Aparece la letra "M" significando probablemente vidrios de meniscos o si no miopía. No se puede apreciar la capacidad visual porque los cálculos y las definiciones resultan variables con los actuales. Dice también "granulaciones ligeras ambos lados. Se queja de fuertes dolores con el trabajo prolongado. Dolores en ambas papas oculares, que se vienen prolongando cada vez. Prohibición de 14 días de todo tipo de trabajo. Utilizar anteojos oscuros en lugar de lentes de aumento. Si empiezan ligeros dolores se debe atropinizar. Continuar las duchas". Las anotaciones de 1876 y 1877 repetían las mismas quejas.<sup>(2)</sup> Es de mencionar que Nietzsche se dejó electrizar y permitió que le pusieran sanguijuelas. Se menciona también la utilización de cloral al 2%.

Las irritaciones dolorosas de los ojos se pueden entender por la sensibilidad aumentada y la fuerte miopía, pero no el dolor exaltado que el mismo paciente señalaba como fuertemente relacionado con su cerebro. Estas referencias se toman de la expresión oral y escrita

de él, su familia y amigos. El acceso glaucomatoso, que es muy doloroso, excluyó Albrecht von Gräfe con toda seguridad. Para evaluar este dolor se debía sopesar otras enfermedades del cerebro. Muchos comentarios hablan de migraña, una idea que aparece muy probable, puesto que las fuertes cefaleas acompañadas de vómitos se asociaban en unos cuadros duraderos en la juventud de Nietzsche. Otras especulaciones sobre "su padecimiento cerebral" se incluyen en la patografía de Lange-Eichbaum<sup>(3)</sup>. Sin embargo, se deben mantener estos razonamientos alejados de toda apurada interpretación, y reducirse, por los muchos argumentos clínicos, a la avanzada miopía, cuyos síntomas diversiformes y complicaciones determinaron el aspecto exterior del filósofo y una influencia condicionada de su obra.

Después de haberse separado de su cargo en Basilea no aparece con anteojos en los pequeños cuadros fotográficos que se conservan de Nietzsche; probablemente desde entonces ya no utilizó vidrios para la visión lejana. En 1882 su amiga Lou Salomé anotaba sobre "la especial expresión de sus ojos" que le caracterizaban. "Medio ciego pero no tenía el aspecto impertinente y vigilante, que presentan otros cortos de vista", y también que la carencia visual le dieron unos rasgos con mirada mágica que no eran expresivos sino que contrariaban al querer entender su personalidad.<sup>(4)</sup>

(continuará)



### Rutas de *El Duende*

Es conocido por los lectores que *El Duende* como espacio plural que difunde expresiones de la literatura y las artes, tiene reservada su página octava para exaltar las creaciones de escritores, pensadores y artistas. Con tales propósitos, hasta hoy han surcado por estas rutas cuatro íconos temáticos: **Letras Orureñas**, que de 1995 a 2003 catalogó a más de 230 autores orureños revalorizando su aporte a las letras locales y nacionales. Tenerlos presente incluso a los olvidados o ignorados, fue gratificante. En **El dulce vicio de escribir**, que se mantuvo entre 2004 y 2005, descubrimos el modo de recrear la intimidad entre dos personas distantes mediante el intercambio epistolar, rastreando así la forma cómo la historia de la humanidad puede ser contada a través de misivas y diarios con solo la voluntad de comunicarse. De 2006 hasta 2008 **Milagros de la Pintura Boliviana** privilegió la plástica con artistas de consagrada trayectoria que emularon mostrando la producción pictórica nacional en su diversidad. Entre 2009 y 2010 **La máquina del tiempo**, con el aval crítico de Adolfo Cáceres Romero, marcó el desarrollo de la Literatura Nacional en dos épocas sucesivas: *Literatura Boliviana del Periodo Independentista* y *Literatura Boliviana del Periodo Republicano*, encontrando en los cultores de esa época el dominio de una estética fulgurante con espíritu de Libertad. De este modo los fastos Bicentenarios de la Independencia también recibieron la adhesión de *El Duende*.

### El Músico que llevamos dentro

Ahora, los editores de *El Duende* nos proponemos la tarea de abordar en la literatura, mejor dicho desde la escritura, el subyugante campo del arte musical divulgando cuanto pueda decirse de la música, sus orígenes, su evolución, los compositores, los intérpretes, las composiciones representativas de países que nos dejaron su impronta, las obras de un periodo determinado, en fin, sería inagotable lo que puede abarcarse sobre la música. Para nuestro cometido, un plan prefijado determinará la extensión y profundidad de cada entrega. Pero también, entendiendo que las culturas han tenido formas de manifestación musical, y que su historia abarca sociedades y épocas donde el mundo occidental en los últimos cinco siglos se ha prodigado fastuoso en su evolución, no podremos menos que ceñir a sus exponentes más esclarecidos la aureola de sus glorias.

### El culto a la música en Bolivia

Increíblemente, en todas las épocas ha habido en Bolivia cultores de la música ordenada, conciliando con devoción de artistas el lenguaje popular y la música culta. Compositores, intérpretes, directores de orquesta, concertistas y musicólogos, que han testimoniado la evidencia de la riqueza musical tan autóctona y nacional como universal, serán los exponentes que por su sola mención honrarán a *El Duende*.

La redacción de *El Duende* dispone del material bibliográfico para el proyecto musical, que será enriquecido con colaboraciones solicitadas. Las ilustraciones contarán con el talento del inefable artista plástico Erasmo Zarzuela.

Luis Urquieta M.

